

De las políticas del lenguaje: “discurso” y “narración”, a partir de algunas reflexiones de Walter Benjamin

Gisela Catanzaro*

Resumen

Este trabajo se propone interrogar cierta relación del lenguaje con la política, o mejor: cierta politicidad del lenguaje con el que mentamos al lenguaje, a partir del análisis de dos figuras sumamente vigentes en los léxicos de las ciencias sociales contemporáneas: el discurso y la narración. Antes que sopesar diversas concepciones de la narración y el discurso, el recorrido propuesto busca recuperar una serie de interrogantes para el presente de las ciencias sociales a partir de las originales formulaciones producidas por Walter Benjamin en su texto *El narrador*, particularmente las referentes a la relación entre lenguaje y justicia.

Palabras clave

Lenguaje, Política, W. Benjamin

* Doctora en Ciencias Sociales, UBA. Investigadora del CONICET(IIGG). Docente de Facultad de Ciencias Sociales UBA. E Mail: giselacatanzaro@yahoo.com

Introducción: figuraciones de la politicidad del lenguaje en las ciencias sociales

Cuando se plantea hoy la cuestión de la imbricación entre lenguaje y política, la figura que viene con más prontitud a nuestras mentes, y con la que tendemos a pensarla en las ciencias sociales, es la del “discurso”; y más específicamente la del “discurso político”. En la figura del discurso político se revelaría -tal vez no de modo exclusivo pero sí privilegiadamente para nosotros- la compenetración del lenguaje con la política, al tiempo que ésta -la política- mostraría, por su parte, si no lo que podríamos llamar su “corazón lingüístico”, sí su ineliminable piel o carnadura lingüística. “Carnadura” porque la figura del discurso, tal como tendemos a pensarla hoy, no dice simplemente que la política requiera del lenguaje en tanto medio exterior de transmisión; dice que lo lingüístico es parte del entramado mismo de lo político, o bien: que lo político no se transmite meramente en el lenguaje sino que se constituye en él. Pero ¿cómo se constituye lo político en el lenguaje en la figura del discurso? ¿Es esta dimensión política del lenguaje y lingüística de la política anunciada por la figura del discurso la única o más relevante para pensar la relación entre lenguaje y política?

Para abordar estas cuestiones querríamos referirnos a otra figura en la que creemos que es posible pensar la relación política-lenguaje y cuya presencia, como la del discurso, es habitual en los léxicos actuales de las ciencias sociales. Se trata de la narración. Pero sin por ello prejuzgar sobre la riqueza de otros trazados posibles, la figura de la narración a la que querríamos referirnos aquí es, específicamente, aquella delineada por Walter Benjamin en su ensayo “El narrador”, probablemente “concluido”¹ hacia 1936.

1. Benjamin y la narración

La figura de la narración es analizada por Benjamin en aquel ensayo a propósito del problema de la experiencia. Más específicamente, a propósito de la destrucción de la experiencia por obra del despliegue de la tecnología en la modernidad; un despliegue que tiene su culminación en la guerra. La gente volvía

enmudecida del campo de batalla –destaca Benjamin a propósito de la primera guerra mundial al comienzo del texto-, no más rica sino más pobre en experiencia comunicable, y si bien es cierto que diez años más tarde se produjo una marea de libros de guerra, precisamente ese estatuto libresco constituía –en su interpretación- un índice de lo casi impracticable que había devenido la transmisión oral de la experiencia en ese presente; es decir: un índice de la inactualidad de la narración.

Benjamin no entiende esa inactualidad ni como ápice de una decadencia espiritual por la cual la humanidad habría ido desertando paulatinamente una dimensión más noble del lenguaje –como querría el Romanticismo-, ni tampoco en el sentido absoluto de una pura inexistencia de la narración en el horizonte de los modos de vida contemporáneos. La inactualidad señala, antes bien, cierta debilidad, no-dominancia de la narración, en un presente donde son otras formas del lenguaje y la comunicación las que, sin ser radicalmente nuevas, pasan a caracterizar lo propiamente vigente, lo que rige socialmente, lo que marca los tiempos y los modos dominantes del lenguaje y la comunicación. Benjamin se detiene en dos de estas formas: la novela y la información; y es en tensión con ellas como se van delineando en el texto las figuras de la narración y el narrador. Así, a propósito de las peculiares condiciones de producción en las que surge la novela, señala:

“El narrador toma lo que narra de la experiencia; [de] la suya propia o la referida. Y la convierte a su vez en experiencia de aquellos que escuchan su historia. El novelista se ha segregado. La cámara de nacimiento de la novela es el individuo en su soledad [...] que *carece de consejo y ya no puede darlo* [...] la novela notifica la profunda perplejidad del viviente.” (Benjamin, 2008:65. Subrayado nuestro)

Con el desplazamiento de la narración del ámbito colectivo y anónimo del habla viva al ámbito privado en el que se forja y consume la novela, el “arte de narrar”, asociado a la posibilidad de dar consejo de boca en boca, se aproxima a su fin. Pero nada sería más necio que querer ver en ello una manifestación de decadencia -señala Benjamin-. Se trata más bien de un fenómeno que acompaña a

unas fuerzas históricas seculares y en el que es posible leer un nuevo grado de precariedad de la vida: “la profunda perplejidad del viviente” que ya no puede dar consejo en “un paisaje en el que nada quedó inalterado salvo las nubes, y bajo ellas [...] el ínfimo y quebradizo cuerpo humano” (Benjamin, 2008:60). Así, la novela, producto del desarrollo de esas mismas fuerzas técnicas que mostraron su poderío en la guerra, expresa sin embargo también esa fragilidad de vidas “desasistidas de consejo” [ratlos], y es también ella la que entra en crisis en el nuevo régimen de comunicación dominado por la información y su figura central: la noticia.

“La información [...] reclama una pronta verificabilidad. Ésa es la [condición] primera por la cual se presenta como ‘comprensible de suyo’. A menudo no es más exacta de lo que fue la noticia en siglos anteriores. Pero, mientras que ésta gustosamente tomaba prestado de lo maravilloso, para la información es indispensable que suene plausible [...] ya casi nada de lo que acontece redunde en beneficio de la narración, y casi todo [en beneficio] de la información. Y es que ya la mitad del arte de narrar estriba en mantener una historia libre de explicaciones al paso que se la relata [...] Lo extraordinario, lo maravilloso, se narran con la mayor exactitud, y no se le impone al lector la conexión psicológica del acontecer. Queda a su arbitrio explicarse el asunto tal como lo comprende, y con ello alcanza lo narrado una amplitud que a la información le falta” (Benjamin, 2008:67)

Si la novela expresaba una cierta perplejidad del viviente frente a un mundo opaco, resistente y ajeno, la información descansa en la verificabilidad, y devela al mundo como fundamentalmente sujeto a explicaciones disponibles, inmediatamente disponibles. Así, a propósito de la historia de Psamenito, contada por Herodoto y susceptible de interpretaciones reanudadas durante siglos por diversos oyentes constituidos a su vez en narradores, Benjamin comenta: “si esa historia hubiese acontecido hoy [...] es seguro que cada reportero la explicaría en un abrir y cerrar de ojos. Herodoto no la explica con palabra alguna. Su reporte es de lo más seco. Por eso, esta historia del antiguo Egipto está en condiciones, después de miles de

años, de suscitar asombro y reflexión (Benjamin, 2008: 108). Y es que, como leemos en este mismo texto a propósito de la diferencia entre el historiador y el cronista, las objeciones planteadas a que se le “imponga al lector la conexión psicológica del acontecer” y frente al imperio de las explicaciones, no se realizan como parte de un llamado a suspender la reflexión y la interpretación, sino, precisamente, como un alerta ante el peligro de su sustitución por la inmediatez de una evidencia meramente constatable. Tal sustitución es la que opera el régimen de la información que, por ello mismo, “se enfrenta a la narración de modo no menos ajeno, pero mucho más amenazante que la novela”. (Benjamin, 2008: 67)

Pero volviendo ahora a la novela, convendría detenernos algo más en uno de los motivos destacados por Benjamin al confrontarla con la narración. Se trata del motivo del consejo. El narrador -leemos- es un hombre que tiene consejo para dar al oyente, y el consejo, entretejido en la materia de la vida que se vive, es “menos la respuesta a una pregunta que una propuesta concerniente a la continuación de una historia (que se está desarrollando en el momento)” (Benjamin, 2008: 64) Este modo de presentar al consejo no sólo remite a la imbricación entre el lenguaje, vida y práctica que tiene lugar en la narración, sino que podría leerse como nudo indicial de la compleja y aparentemente contradictoria trama de finitud y interminabilidad en la que Benjamin concibe la singularidad de la narración.

Mientras la novela tiene fin, la narración es interminable; y mientras ésta ofrece continuaciones posibles a una historia que está teniendo lugar y cuyas hebras se nos escapan hacia el pasado y hacia el futuro, la novela intenta dar una respuesta. ¿A qué pregunta? A la pregunta por el sentido de la vida. El “sentido de la vida”, señala Benjamin –seguramente en interminable diálogo con G. Lukàcs²- es el centro alrededor del cual se mueve la novela. Sin duda una pregunta por tal sentido es expresión incipiente de la perplejidad con la que el lector se ve instalado precisamente en esa vida escrita, pero el reconocimiento retrospectivo de cual pudo haber sido un tal sentido constituye habitualmente el final de las novelas, que, precisamente por eso, pueden “terminar”, poseer un fin propio.

En este primer movimiento, entonces, el motivo del consejo permite sacar a la luz, revelar –en un sentido fotográfico-, la interminabilidad como elemento constitutivo de la narración, opuesta a la conclusividad de la novela; una

conclusividad, un dar respuesta o solución, un poder “terminar desde adentro” - para evocar los términos del joven Lukàcs- que, por otra parte, permite a las novelas constituirse en obras acabadas; como si fuera ese fin que ellas poseen, el que las volviera, a su vez y en tanto obras, eternas, inmortales.

De esa conclusividad y -a la vez- inmortalidad de la novela, se separa, con su gesto repetitivo, la narración. La repetición de la narración, que siempre tiene que volver a retomarse, que siempre es reanudada por otras voces en otros encuentros, la desposee de la inmortalidad de las obras acabadas y, al mismo tiempo, la vuelve sobre lo finito. La finitud de la artesanía de la narración, siempre marcada, como las vasijas de barro, por las huellas del artesano que la produce, está simultáneamente vuelta hacia lo finito, hacia lo que Benjamin llama lo “inolvidable”, y a lo que Pablo Oyarzún -filósofo chileno y traductor de varios textos benjaminianos- llama lo “irrepetible”³.

La narración está vuelta hacia lo irrepetible repitiéndose, reanudándose, ella misma, interminablemente. Pero haciendo esto, tejiendo incansablemente la trama del cuento -al que siempre se le puede preguntar: ¿y entonces? ¿qué pasó después?- la narración no *dice* lo irrepetible, lo singular, sino que “le presta el oído” (Benjamin, 2008:71). La narración “le presta el oído” a lo irrepetible sosteniendo el espacio en que lo singular, lo otro, lo ajeno a la esfera de nuestra propia intencionalidad, pueda aparecer y manifestarse, con su lenguaje. Y ese “sostener”, ese incansable “reanudarse” se muestra entonces también como una perseverancia: la perseverancia en la tarea de estar a la escucha, manteniendo “el oído alerta”, dice Benjamin.⁴ La imagen de la *escucha* constituye, así, la segunda dimensión abierta por el motivo del consejo, que si indudablemente remite a la acción de dar consejo, de aconsejar, asocia al mismo tiempo el lenguaje a una *acción paciente*, vertida sobre la acción de otros, de cuya manifestación el consejo depende y propicia.

2. Narración y justicia

La última frase del texto de Benjamin sobre “El narrador” dice lo siguiente: “El narrador es la figura en la que el justo se encuentra consigo mismo” (Benjamin,

2008: 96). Frase enigmática que Pablo Oyarzún construye como clave de su interpretación de este texto y a partir de la cual sostiene que no estamos ante un ensayo de teoría literaria en el que se buscaría contribuir a una teoría de los géneros, sino ante "un ensayo fundamental de dikaiología, de teoría de la justicia. Pues su asunto definitivo es la vinculación que establece entre justicia y narración" (Oyarzún, 2008: 46). Pero esta afirmación no constituye -para Oyarzún- una solución, sino el enunciado de un problema porque:

"qué justicia puede traer una narración? Que el narrador sea la figura en que el justo se encuentra consigo mismo no se debe meramente a cierta disposición psicológica o ética del narrador, sino a la operación misma de la narración, la cual tiene que ser cotejada necesariamente con la pregunta de cómo el lenguaje (la sustancia de la narración) puede hacer justicia." (Oyarzún, 2008: 47)

Para abordar esta cuestión, Oyarzún vuelve a la teoría del lenguaje de Benjamin y a su crítica de la concepción burguesa de la lengua⁵ y luego señala:

"El carácter justiciero de la narración consiste en que ella da cuenta del acaecer de lo singular [...] de lo nimio [...] Pero el término esencial con que Benjamin llama a esto es 'criatura' [...] Benjamin enfatiza que el narrador hace justicia a la criatura, más no como su vengador [...] En la narración no se juzga a la criatura, sino que se le da un espacio de juego -el espacio del lenguaje- para que ella haga sentir los rasgos insustituibles de su individualidad. El interés de Benjamin por los relatos de bribones y criminales ha de estar, acaso, relacionado con esto: más que una reivindicación del forajido, lo que hay allí es la apertura del espacio en que éste aparece antes o al margen de toda sentencia. Por eso, la justicia de la narración no es otra cosa que el cuidado de la criatura" (Oyarzún, 2008: 49)

La narración, entonces, no sólo es -aunque tenga autores- fundamentalmente anónima, y -aunque en cada ocasión termine- fundamentalmente interminable

puesto que nunca se termina de atender a lo finito que “tiene que manifestarse”⁶, sino que, precisamente por esto último, constituye una figura en la cual el lenguaje queda asociado a la política de un modo por demás extraño para nosotros: a través de la noción de justicia.

Como acabamos de ver, de acuerdo a la interpretación de Oyarzún, esta justicia se encuentra fundamentalmente asociada a la posibilidad de abrir un espacio en el que la criatura pueda hacer sentir los rasgos *insustituibles* de su individualidad, en el que lo finito pueda *aparecer* en su singularidad. “Insustituibles”, esto es: sustraídos de su carácter equivalencial en la lógica del intercambio; y como algo que se automanifiesta: que hace sentir sus propios rasgos en su lenguaje singular. Para apelar a los términos invocados por Benjamin en su famoso prólogo epistemocrítico a *El origen del drama barroco alemán*, la justicia está asociada a la revelación –que Benjamin llama automanifestación- y no al “develamiento o descubrimiento”: la verdad –dice allí- “no es un develamiento que anula el secreto sino una revelación que le hace justicia”. (Benjamin, 1990:13)

Ahora bien, con esta idea de “*hacer justicia*” reaparece una segunda cuestión que es preciso enfatizar: el carácter negativo, crítico, de esa apelación a la justicia. Se “*hace justicia*” o “*se abre un espacio*” allí donde no lo hay; allí donde *ha habido violencia*. Una violencia que no es sólo la de la tortura, el asesinato y el hambre, sino también la violencia “confortable” de la homogeneización que pesa sobre la criatura (sobre toda criatura) bajo la lógica del intercambio. Por eso, porque esa violencia existe, no se puede dar por descontada la existencia de la singularidad. Y por eso también la dimensión de la escucha, a la que está asociada la posibilidad de justicia, no es un simple “abrirse a la opinión” o a “las opiniones”, ni pueden éstas ser identificadas sin más con la manifestación de lo singular. No al menos sin decir, antes, que la “opinión” suele ser lo más pronunciadamente marcado por lo que rige socialmente, y, específicamente para el tema que venimos elaborando, lo más profundamente marcado por el régimen comunicacional de la noticia, con su voluntad de “descubrimiento”, verificabilidad y comprensión inmediata, con sus dicotomías rápidas, y su fácil traducibilidad a una acción desprovista de matices. Si algo se expresa en “la opinión”, es menos lo singular que el colectivo, y éste en sus formas dominantes, más evidentes, más “vigentes”.

La *escucha*, como gesto orientado a la *manifestación de la singularidad*, y esa misma manifestación, elementos ambos, como dice Benjamin, pertenecientes a la red en que descansa el arte de narrar, constituyen -en cambio- rarezas que sólo a veces surgen, y lo hacen a pesar de nuestros impulsos más automáticos antes que gracias a ellos.

3. Narración y discurso

Al comienzo de estas páginas anunciamos que nos proponíamos pensar la relación política-lenguaje a partir de dos figuras: el "discurso" y la "narración". O bien, que nos proponíamos tomarlas como dos formas distintas de imaginar la politicidad del lenguaje pero también de propiciar ciertos modos de la política. Esto es: no querríamos limitarnos a preguntar ¿qué es lo político del lenguaje? sino también: ¿cómo se revela y se constituye la política en la politicidad inherente al lenguaje en las formas del discurso y de la narración? Si ambas figuras muestran que el lenguaje no se relaciona con la política sólo en tanto medio -al ser usado *para* la política como podría serlo para cualquier otra cosa- sino que hay una politicidad inherente al lenguaje y una lingüisticidad inherente a la política, ¿qué es lo revelado como política en cada una de ellas y qué es lo que allí (en la política) está en juego?

Aunque indudablemente sería tan inadecuado o improductivo hablar del "discurso" en general como lo sería hablar de la "narración" en general, en estos párrafos finales no nos vamos a referir a ninguna teoría en particular sino que intentaremos retener algunos de los rasgos que esta figura asume en el lenguaje actual de las ciencias sociales y particularmente en los análisis políticos. Uno de esos rasgos -contrastante con lo colectivo y anónimo de la narración- es que cuando hablamos de "discurso" y, en particular, de "discurso político", solemos referirnos a lo producido en el plano de la enunciación por los líderes o por la dirigencia política. Un segundo rasgo, que lo que nos interesa de esas producciones es que al pronunciarse -y esto sucede de una vez- sientan posiciones, establecen temas, diferencias, acuerdos, etc. Y un tercer rasgo del discurso casi inescindible del anterior es aquel al que solemos referirnos como "efectos". No hay "discurso" sin una pregunta, al menos, por los "efectos de discurso", y si nos interesan los

pronunciamientos, planteos, anuncios, en breve: los discursos de la dirigencia política, es porque -y en tanto- estos “producen efectos”: permiten posicionamientos, articulan, unen y diferencian, etc. Esos “efectos” que produce el discurso son acciones, prácticas, y si también en la figura del consejo había una orientación hacia la práctica, en esa práctica resonaba una dilatación temporal de la que el término “efecto” la libera. En absoluto desacertado sería decir, incluso, que el discurso es uno con los efectos que produce, y que es en tanto “efectos” como los otros suelen ingresar en el lenguaje -y en la política- en la figura del discurso.

Así, la politicidad del lenguaje se muestra, en la figura del discurso, como la capacidad de mover a (o detener) la acción, descubriendo (u ocultando) una situación ante la que hay que actuar, tomar posición, cuando no enunciando inmediatamente la necesidad de esa acción. Pero el caso es que, en “el discurso”, el hecho de que esta acción se de, tenga lugar, *eso mismo es la política*. Dicho de otro modo: la política, tal como se revela en el discurso, es ese conjunto de acciones de las cuales, no en pocos casos por cierto, depende nuestra misma supervivencia: un discurso puede iniciar una guerra, declarar un estado de sitio, volver a toda una población tras un chivo expiatorio. Puede, también, dejar huellas que se seguirán interpretando durante muchos años al señalar un punto de no retorno en la historia de un país. Pero, en ese caso ¿seguimos en el plano de la política anunciado por el discurso o entramos ya en el entramado benjaminiano de la narración, con su inconclusividad, su anonimato y su carácter colectivo?

En esa figura de la narración trazada por Benjamin puede verse delineada cierta imagen de la política donde ésta queda fundamentalmente asociada a la justicia. La narración muestra que lo que está en juego en la política es la posibilidad (o no) de hacer justicia a la criatura, y con esto lo que viene al primer plano es la dimensión de la corporalidad: la vulnerabilidad de los cuerpos sometidos a violencias diversas, pero también esos mismos cuerpos como cuerpos deseantes que luchan por encontrar las condiciones de su deseo, o a los cuales – como señala Benjamin en diversos textos- la felicidad súbitamente se les revela como tarea capital de la historia al ser traspasados por la intuición de una dicha posible y pendiente.

De este modo, si lo que se juega en la política es la posibilidad de justicia, ésta, a su vez, está menos asociada a la solemnidad y prontitud de una sentencia que juzga a la vida, que al paciente trabajo de favorecer su manifestación y despliegue en tanto singularidad irrepetible. Para ello es que resulta indispensable “mantener alerta el oído”, o, como dice Benjamin, “prestarlo”: para volvernos capaces de escuchar lo que pueda aparecer. Así es como en el entramado de *consejo, interminabilidad de la tarea y escucha*, que forman parte de la constelación de la narración trazada por Benjamin, lo otro aparece como algo que tiene que manifestarse -y no meramente como aquello sobre lo cual el lenguaje produce efectos-; el lenguaje se muestra como el sitio trabajosamente abierto para esa manifestación -y no como el lugar de un esclarecimiento final-; y su politicidad inherente queda asociada a una “actividad paciente” antes que a una pura acción. Una “actividad paciente” capaz de atender, por ejemplo, a la ambivalente temporalidad de la sensibilidad (individual o colectiva), más morosa, por un lado (tiene los tiempos largos de la sedimentación histórica), y más súbita e imprevisible, por otro, que la temporalidad habitualmente asociada a los efectos de la discursividad política o de la información “constatable”.

A partir de esto último y para terminar, querríamos plantear algunas preguntas que nos resultan relevantes y problemáticas. En primer lugar: a la figura del “discurso” ¿no está adosado cierto instantaneísmo que, si por un lado puede correr el peligro de aproximar demasiado la política al régimen comunicacional de la noticia -simple, inmediatamente comprensible y explicable-, por otro nos hace desatender los tiempos más largos de las sensibilidades colectivas sobre las que los discursos se sobreimprimen -sin duda- pero de las cuales también ellos surgen? Relacionado con lo anterior: ¿puede la constelación del discurso -en tanto modo singular del entramado política y lenguaje- atender a esas ambivalencias de la sensibilidad individual y colectiva a las que nos referimos antes? En tercer lugar: ¿no hay una dimensión política fundamental del lenguaje: su imbricación con la necesidad de “hacer justicia”, que perdemos cuando contemplamos sólo la politicidad del lenguaje bajo la forma de los “efectos de discurso”? Y ¿no habrá sido una sospecha semejante la que hizo que mientras la ciencia privilegiaba el discurso, el ensayismo -pensamos, por ejemplo, en Ezequiel Martínez Estrada y el mismo Benjamin- haya persistido en la narración? Finalmente, ¿es posible elegir

entre discurso y narración? ¿O se tratará más bien de que la dimensión del discurso, que no es posible abandonar, se vuelve verdadera sólo al ser entendida como un momento de otra cosa que la excede?

Notas

¹ Sería tal vez posible justificar este entrecomillado, probablemente enigmático o simplemente caprichoso instalado en este lugar, apelando a la biografía o biografía intelectual de Benjamin, en la que nunca termina de quedar claro cuáles son las versiones definitivas y cuales los esbozos, cómo datar a los unos y los otros, y cuestiones semejantes que convierten al “caso Benjamin” en una de las peores pesadillas –y también uno de los mayores desafíos- del “historicismo filosófico”. Pero renunciaremos a ello y nos limitaremos por el momento a apelar a la paciencia del lector al aducir escuetamente que el entrecomillado nos parece necesario por razones teóricas (que esperamos queden lo suficientemente expuestas a lo largo de este ensayo).

²En un hermosísimo texto de *El alma y las formas* Lukàcs había señalado, a propósito de la diferencia entre la vida trágica y la vida ensayísticamente configurada, que, mientras la primera está coronada por el final, que a todo da significación, sentido y forma, en el ensayo se formula una pregunta y se profundiza tanto que se convierte en la pregunta de todas las preguntas. Pero luego queda todo abierto porque de afuera, de la realidad, que no está en ninguna relación con la pregunta, llega algo que lo interrumpe todo. Y el joven Lukàcs agregaba: “[e]sta interrupción no es un final, no llega de la interioridad, pero es al mismo tiempo el final más profundo, pues habría sido imposible finalizar desde dentro [...] es un profundo símbolo de la vida –y por eso aún más profundamente humorístico- que lo esencial siempre sea interrumpido por cosas así.” (Lukàcs, 1985:33). En un famoso texto de 1936, “¿Narrar o describir?”, Lukacs reivindicaba, por el contrario, la posibilidad de totalización descosificadora que brindaba al relato la mirada retrospectiva y omnisciente del narrador: “El épico que narra retrospectivamente, a partir del final, un destino humano o el entretrejo de diversos destinos individuales, hace clara y comprensible para el lector la selección de lo esencial efectuada por la vida misma. El observador, que existe siempre necesariamente al mismo tiempo, ha de extraviarse en el enmarañamiento de los detalles [...] Sin embargo el lector es conducido a través del entrelazamiento de motivos de enlaces variados por el autor omnisciente, que conoce el significado particular de cada detalle” (Lukàcs, 1966:188).

³La paradoja fundamental y estructural de la narración –dice Oyarzún- “estriba en que su tarea es la repetición de lo irreplicable, la solución siempre reanudada, y por eso mismo interminable, es aquella profecía que la narración presenta, no en palabras, sino en su gesto” (Oyarzún, 2008:46)

⁴La narración existe en (y como) “la comunidad de los que tienen el oído alerta” (Benjamin, 2008 : 70).

⁵En las que no podemos detenernos aquí, pero a las que implícitamente ya hemos aludido en la imagen del escuchar como correctivo del imperio (burgués) de la intención (humana) de decir e intercambiar(se) las cosas (incluidos ellos mismos) y los significados.

⁶En este punto queda señalada la imbricación, aparentemente imposible, de inconclusividad y finitud: el lenguaje “no puede concluir” no allí donde está orientado a lo infinito en el sentido de lo inmortal, de lo que permanece eternamente, de lo que no muere, sino precisamente allí donde su cuestión fundamental son los cuerpos caducos, perecederos, transitorios.

Bibliografía

Benjamin, W. (2008[1936/1952]): *El narrador*. Santiago de Chile: Ediciones metales pesados. Traducción de Pablo Oyarzún.

Benjamin, W. (1990[1928]): *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Taurus. Traducción de José Muñoz Millanes

Lukàcs, G. (1985[1920]): "Sobre la esencia y la forma del ensayo". En *El alma y las formas y Teoría de la novela*. México D. F.: Grijalbo. Traducción de Manuel Sacristán

Lukàcs, G. (1966[1936]): "¿Narrar o describir? A propósito de la discusión sobre naturalismo y formalismo". En *Problemas del realismo*. México D.F.: FCE.

Oyarzún, P. (2008): "Introducción". En Benjamin, W.: *El narrador*. Santiago de Chile: Ediciones metales pesados.